

La niña desnuda salió corriendo del cobertizo de cuero hacia la playa rocosa en el recodo del riachuelo. No se le ocurrió volver la vista atrás. Nada en su experiencia le daba razón alguna para poner en duda que el refugio y los que estaban dentro seguirían allí cuando regresara. Se tiró al río chapoteando y, al alejarse de la orilla, que se hundía rápidamente, sintió cómo la arena y los guijarros se escapaban bajo sus pies. Se zambulló en el agua fría y salió nuevamente, escupiendo, antes de dar unas brazadas firmes para alcanzar la escarpada orilla opuesta. Había aprendido a nadar antes que a andar, y a los cinco años de edad se encontraba a gusto en el agua. En muchas ocasiones, la única manera en que se podía cruzar un río era nadando. La pequeña jugó un buen rato, nadando de un lado para otro, y después dejó que la corriente la arrastrara río abajo; cuando éste se ensanchó y empezó a hacer borbotones sobre las piedras, se puso en pie y regresó a la orilla, donde se dedicó a escoger piedrecillas. Acababa de colocar una en la cima de un montoncillo formado por algunas especialmente bonitas, cuando la tierra empezó a temblar. La niña vio, sorprendida, que la piedrecita rodaba como por voluntad propia, y observó con espanto cómo las que formaban la pequeña pirámide temblaban y volvían al suelo. Sólo entonces se dio cuenta de que también ella era sacudida, pero todavía experimentaba más sorpresa que aprensión. Lanzó una mirada en derredor tratando de comprender por qué su universo se había alterado de manera incomprensible. Se suponía que la tierra no debía moverse. El riachuelo, que momentos antes corría suavemente, se había vuelto turbulento, con olas agitadas que salpicaban las orillas mientras su lecho se alzaba contra la corriente, sacando lodo del fondo. Los matorrales que crecían cerca de las orillas río arriba se estremecían, animados por un movimiento invisible de sus raíces, y río abajo las rocas oscilaban, presas de una agitación insólita. Más allá, las majestuosas coníferas del bosque por el que pasaba el río se inclinaban de manera grotesca. Un pino gigantesco próximo a la orilla, con sus raíces al aire y debilitado por la corriente del arroyo, se inclinó hacia la orilla opuesta; con un crujido se desplomó por encima de las turbias aguas y se quedó temblando sobre la tierra inestable. La pequeña dio un brinco al oír la caída del árbol; el estómago se le revolvió y se le hizo un nudo cuando el temor cruzó por su mente. Trató de ponerse en pie, pero cayó de espaldas al perder el equilibrio por efecto del horrible balanceo. Lo intentó nuevamente, consiguió enderezarse y se quedó en pie, insegura, sin atreverse a dar un paso. Al echar a andar hacia el cobertizo de cuero, un poco apartado del río, sintió un rumor sordo, que se convirtió en un estrepitoso rugido aterrador; un olor repugnante a humedad surgió de una grieta que se abría en el suelo, como si fuera el aliento fétido que exhala por la mañana la tierra al bostezar. La niña miró, sin comprender, la tierra, las piedras y los arbolillos que caían en la brecha, que seguía abriéndose mientras la corteza fría del planeta en fusión se resquebrajaba en sus convulsiones. El cobertizo, encaramado en la orilla más lejana del abismo, se inclinó al retirarse la mitad de la tierra firme que tenía debajo; el esbelto poste se balanceó como indeciso antes de desplomarse y desaparecer en el profundo orificio, llevándose su cubierta de cuero y todo su contenido. La niña tembló, horrorizada y con los ojos desorbitados, mientras las apestosas fauces abiertas se tragaban todo lo que había dado sentido y seguridad a los escasos años de su vida.

— ¡Madre! ¡Madreee! —gritó cuando empezó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo. No sabía si el grito que resonaba en sus oídos era el suyo en medio del rugido atronador de las rocas que se resquebrajaban. Se acercó gateando a la profunda grieta, pero la tierra se elevó y la derribó. Se aferró a la tierra, tratando de agarrarse a algo en aquel suelo oscilante y movedizo. Entonces la brecha se cerró, el rugido cesó y la tierra agitada se calmó. La que no se calmó fue la niña. Tendida boca abajo sobre la tierra floja y húmeda, dominada por el paroxismo que acababa de sacudirla, temblaba de miedo; tenía sobradas razones para estar asustada. La niña se encontraba sola en medio de un desierto de estepas herbosas y florestas dispersas. Al norte, los glaciares cubrían el continente, empujando su frío por delante. Un número incalculable de animales herbívoros, y los carnívoros que de ellos se sustentaban, recorrían las vastas praderas, pero apenas había alguien. No tenía adónde ir ni nadie que pudiera ocuparse de ella.

Estaba sola. El suelo volvió a estremecerse, asentándose, y la niña oyó una especie de sordo rugido en las profundidades, como si la tierra estuviera haciendo la digestión de una comida engullida sin masticar. Dio un salto, presa del pánico, aterrada ante la idea de que pudiera abrirse de nuevo. Miró hacia el lugar en donde había estado el cobertizo: lo único que allí quedaba era tierra descarnada y arbustos desarraigados. Deshecha en llanto, la niña corrió otra vez hacia el riachuelo y se dejó caer hecha un ovillo sollozante junto a la fangosa corriente. Pero las húmedas orillas del riachuelo no brindaban refugio alguno contra el convulso planeta. Otra sacudida, esta vez más intensa, agitó el suelo. La niña se quedó mirando con asombro la salpicadura de agua fría sobre su cuerpecito desnudo. Nuevamente se apoderó de ella el pánico, haciéndola incorporarse. Tenía que apartarse de ese aterrador lugar de tierra sacudida, devoradora, pero ¿adónde podría dirigirse? No había lugar en donde pudieran brotar semillas sobre la playa rocosa, y tampoco había otro tipo de vegetación; pero las riberas río arriba estaban cubiertas de maleza que comenzaba a retoñar hojas nuevas. Un instinto profundo le decía que debería permanecer cerca del agua, pero las enmarañadas zarzas parecían impenetrables. A través de sus ojos empañados por el llanto que le enturbiaba la visión, miró hacia el otro lado, hacia la selva de altas coníferas. Delgados haces de rayos de sol se filtraban por entre las ramas tupidas de densos árboles perennes que se apretujaban cerca del río. La selva umbrosa carecía casi por completo de maleza, pero muchos de aquellos árboles no se erguían ya. Unos cuantos habían caído sobre la tierra, otros más se inclinaban en ángulos estrambóticos, sostenidos por vecinos que todavía estaban firmemente anclados. Más allá del revoltijo de árboles, la selva boreal era oscura y no resultaba más atractiva que la maleza río arriba. No sabía hacia dónde ir; miró primero a un lado y después a otro, indecisa. Un temblor bajo sus pies, mientras miraba río abajo, la puso en movimiento. Dirigiendo una última mirada anhelante hacia el paisaje vacío, con la esperanza infantil de que el cobertizo siguiera allí, echó a correr hacia los bosques.

Estimulada por algún que otro gruñido sordo mientras la tierra se asentaba, la niña siguió el curso de la corriente. En su prisa por alejarse, se detenía sólo para beber. Las coníferas que habían sucumbido a las sacudidas telúricas yacían postradas sobre el suelo; la niña evitaba los cráteres abiertos por el cepellón circular de raíces cortas que aún tenían tierra y grava pegadas a sus partes ocultas, ahora al descubierto. Al atardecer, comenzó a advertir menos evidencias de perturbación, menos árboles arrancados y menos rocas desplazadas, y el agua estaba más clara. Se detuvo cuando ya no pudo ver por dónde andaba, y se dejó caer, agotada, sobre la tierra del bosque. El ejercicio le había ayudado a conservar el calor mientras estuvo en movimiento, pero comenzó a tiritar bajo los efectos del aire frío de la noche, se sumió en la espesa alfombra de agujas caídas de los árboles, se hizo un ovillo y se cubrió a puñados con ellas. Pero, por cansada que estuviera, no logró conciliar el sueño la asustada criaturita. Mientras había estado ocupada en rodear obstáculos para seguir el curso del río, había conseguido apartar de su mente el temor que ahora la abrumaba. Estaba tendida, perfectamente inmóvil, con los ojos muy abiertos, observando cómo la oscuridad se espesaba y congelaba a su alrededor. Temía moverse, casi temía respirar. Nunca anteriormente se había encontrado sola de noche; siempre había tenido cerca una hoguera para mantener a raya la oscuridad desconocida. Finalmente no pudo dominarse más y, con un sollozo convulsivo, desahogó su angustia. Su cuerpecito se sacudía al ritmo de sus sollozos y su hipo. Eso terminó por sosegarla y adormecerla. Un animalillo nocturno la olfateó con curiosidad amable sin que ella se diera cuenta. ¡Despertó gritando! El planeta seguía inquieto y lejanos ruidos que resonaban en las profundidades la devolvieron a su horror en una espantosa pesadilla. Se puso en pie, quiso echar a correr, pero sus ojos no podían ver más estando abiertos que con los párpados cerrados. Al principio no pudo recordar dónde se encontraba. Su corazón palpitaba fuertemente: ¿por qué no podía ver? ¿Dónde estaban los amorosos brazos que siempre habían estado allí para reconfortarla cuando despertaba de noche? Poco a poco el recuerdo consciente de su terrible situación se fue abriendo paso en su mente y,

tiritando de frío y de miedo, volvió a hacerse un ovillo y a sumirse en el suelo cubierto de agujas. Los primeros pálidos rayos del alba la encontraron dormida. La luz del día llegó lentamente a la profundidad de la selva. Cuando despertó la niña, la mañana estaba ya muy avanzada, pero bajo aquella sombra espesa resultaba difícil advertirlo. Se había alejado del río la noche anterior cuando la luz empezó a menguar y un amago de pánico amenazó apoderarse de ella cuando miró en derredor y sólo vio árboles. La sed le ayudó a reconocer el sonido de agua borboteante. Siguió el sonido y sintió un gran alivio al ver de nuevo el riachuelo. No estaba menos perdida junto al río que dentro de la selva, pero se sentía mejor al tener algo que seguir; podría calmar su sed mientras estuviera cerca de él. El día anterior había sentido la satisfacción de tener agua fresca, pero no le servía de mucho para aplacar su hambre. Sabía que había raíces y vegetales que se podían comer, pero no sabía lo que era comestible. La primera hoja que probó era amarga y le lastimó la boca; la escupió y se enjuagó para quitar el mal sabor. Esa experiencia la hizo vacilar a la hora de probar otras. Bebió más agua, pues tenía la sensación pasajera de estar ahíta, y volvió a seguir la orilla río abajo. Los profundos bosques la aterrorizaban y se mantuvo cerca del río mientras brilló el sol. Al caer la noche, abrió un hoyo en las agujas que cubrían el suelo y se acurrucó nuevamente entre ellas para dormir. Su segunda noche de soledad no fue mejor que la primera. Juntamente con el hambre, un terror helado le contraía el estómago; nunca había sentido semejante terror, ni tanta hambre: nunca había estado tan sola. Su sensación de estar perdida era tan dolorosa que empezó a bloquear el recuerdo del terremoto y de su vida anterior a él; y como pensar en el futuro la ponía igualmente al borde del pánico, luchó por apartar también esos temores de su mente. No quería pensar en lo que pudiera suceder ni en quién podría encargarse de ella. Vivía sólo para el momento presente, salvando el siguiente obstáculo, cruzando el siguiente afluente, trepando por encima del siguiente tronco caído. Seguir el río se convirtió en un fin en sí, no porque la fuera a llevar a parte alguna, sino porque era lo único que le proporcionaba alguna orientación, algún propósito, algún motivo de acción. Era mejor que no hacer nada.

Al cabo de cierto tiempo, el vacío de su estómago se convirtió en un dolor sordo que le nublabla la mente. Lloraba de vez en cuando mientras seguía avanzando penosamente, y sus lágrimas pintaban churretes blancos en su rostro sucio. Su cuerpecito desnudo estaba cubierto de tierra, y los cabellos, que habían sido anteriormente casi blancos y tan finos y suaves como la seda, estaban pegados a su cabeza en una maraña de agujas de pino, ramitas y barro. El viaje se complicó cuando la selva de árboles siempre verdes cambió por una vegetación menos espesa y cuando el suelo cubierto de agujas dejó paso a matorrales, hierbas y pastos que cubren generalmente el suelo debajo de árboles de hoja más pequeña. Cuando llovía, se acurrucaba bajo un tronco caído o se cobijaba bajo una roca grande, o bajo las ramas de un árbol, o simplemente se dejaba lavar por la lluvia mientras seguía avanzando pesadamente por el barro. De noche, amontonaba hojas secas caídas la temporada anterior y se enterraba en ellas para dormir. El abundante consumo de agua potable impidió que la deshidratación originara una hipotermia, esa bajada de temperatura corporal que provoca la muerte por exposición, pero la niña se estaba debilitando. Estaba ya más allá del hambre; sólo sentía un dolor sordo y constante, y una ocasional sensación de mareo. Trataba de no pensar en ello ni en cosa alguna que no fuera el río, seguir el río.

La luz del sol, al penetrar en su nido de hojas, la despertó. Salió del cómodo cobijo entibiado por el calor de su cuerpo y se dirigió al río para beber agua, con hojas secas todavía pegadas a su piel. El cielo azul y el sol brillante eran un consuelo después de la lluvia del día anterior. Poco después de que echara a andar, la orilla del río que ella seguía comenzó a subir gradualmente. Cuando decidió tomar otro trago, una pendiente abrupta la separaba del agua. Empezó a bajar cuidadosamente, pero perdió pie y cayó rodando hasta abajo. Se quedó tendida, raspada y magullada, en el barro junto al agua, demasiado cansada, demasiado débil y demasiado infeliz para moverse. Gruesos lagrimones se formaban en sus ojos y corrían por su rostro, y tristes lamentos

rasgaban el aire. Nadie la oyó. Sus gritos se convirtieron en plañidos pidiendo que alguien viniera a ayudarla. Nadie acudió. Los sollozos sacudían sus hombros mientras lloraba su desesperanza. No quería ponerse en pie, no quería seguir adelante, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarse allí llorando en el barro?

Cuando paró de llorar se quedó tendida junto al agua. Al sentir que una raíz se le incrustaba en el costado y que su boca sabía a lodo, se sentó. Entonces se puso pesadamente en pie y fue a beber un poco de agua del río. Reanudó la marcha, retirando obstinadamente las ramas que obstruían su paso, trepando por troncos caídos y cubiertos de musgo, chapoteando a la orilla del río. La corriente, que ya estaba crecida debido a las inundaciones de principios de primavera, había aumentado hasta más del doble de su caudal gracias a sus afluentes. La niña oyó un rugido lejano mucho antes de ver la cascada que caía desde la alta ribera en la confluencia de un río grande con el más pequeño, un río que iba a doblar nuevamente su volumen. Más allá de la cascada, las rápidas corrientes de los ríos unidos hervían sobre las piedras mientras corrían hacia las llanuras herbosas de la estepa. La rugiente catarata saltaba desde el borde de la alta orilla formando una amplia cortina de agua blanca. Venía a estrellarse contra una poza espumante que había sido horadada en la base de la roca, provocando una pulverización constante de rocío y remolinos de corrientes contrarias allí donde se unían los ríos. En algún momento de un pasado lejano, el río había labrado más profundamente el farallón de piedra dura detrás de la cascada. El saliente desde el cual se precipitaba el agua sobresalía del muro que había detrás de la cascada, de modo que entre muro y cascada quedaba un paso. La pequeña se acercó, miró cuidadosamente el túnel húmedo y después echó a andar por detrás de la movediza cortina de agua. Se pegaba a la roca mojada para mantener el equilibrio, pues la continua caída del agua la aturdía. El rugido era ensordecedor, rebotando contra la pared de piedra detrás del tumultuoso caudal. Alzó con temor la vista, angustiosamente consciente de que el río quedaba más arriba de las rocas que chorreaban por encima de su cabeza, y avanzó cautelosa y lentamente.

Estaba casi en el otro lado cuando se terminó el pasaje, que se había ido estrechando poco a poco hasta ser otra vez una muralla escarpada. El corte en el farallón no llegaba hasta el otro lado; la niña tuvo que dar media vuelta y volver sobre sus pasos. Cuando llegó a su punto de partida, miró al torrente que surgía por encima del borde y meneó la cabeza: no había otro camino. El agua estaba fría cuando empezó a vadear el río y las corrientes eran fuertes. Nadó hasta el medio, dejó que la fuerza del agua la llevara bordeando las cataratas y después se volvió hacia la orilla del ancho río que se había formado más abajo. Se cansó de nadar, pero ahora estaba más limpia que desde hacía algún tiempo, excepto su enredado y enmarañado cabello. Volvió a andar sintiéndose fresca, pero no por mucho tiempo. El día era inusualmente caluroso para fines de primavera, y cuando los árboles y las malezas dejaron paso a la pradera abierta, el cálido sol resultó agradable. Pero a medida que la ardiente bola ascendía, sus rayos calurosos se ensañaron en las pocas reservas que le quedaban a la niña. Por la tarde iba tambaleándose a lo largo de una estrecha franja de arena entre el río y un escarpado farallón. El agua chispeante reflejaba sobre ella el brillante sol, mientras la casi blanca arenisca devolvía luz y calor, sumándose al fulgor deslumbrante. Del otro lado del río y más allá, se extendían hasta el horizonte pequeñas flores herbáceas blancas, amarillas y púrpuras, que armonizaban con el brillante y fresco verdor de la hierba a medio crecer, con una vida nueva. Pero la niña no se fijaba en la efímera belleza primaveral de la estepa: la debilidad y el hambre la hacían delirar y empezó a tener alucinaciones.

–Dije que tendrías cuidado, madre. Sólo nadé un poco, pero ¿adónde te has ido? – murmuraba –. Madre, ¿cuándo vamos a comer? Tengo mucha hambre y hace mucho calor. ¿Por qué no viniste cuando te llamé? Llamé y llamé, pero tú no viniste. ¿Dónde has estado? ¿Madre? ¡Madre! ¡No te vayas de nuevo! ¡Quédate aquí! ¡Madre, espérame! ¡No me dejes!

Se encaminó hacia donde había visto el espejismo cuando ya la visión se desvanecía, siguiendo la base del farallón, pero éste se alejaba de la orilla del agua, apartándose del río. La niña estaba alejándose de su fuente de agua. Corriendo ciegamente, se golpeó el dedo gordo del pie con una piedra y cayó pesadamente, lo que casi la devolvió a la realidad. Se sentó frotándose el dedo y tratando de ordenar sus pensamientos. La muralla dentada de piedra arenisca estaba perforada de oscuros accesos a cuevas y marcada por estrechas grietas y hendiduras. La dilatación y la contracción provocadas por cambios extremos en la temperatura, desde un calor agobiante hasta un frío por debajo de cero, habían quebrantado la roca blanda. La niña echó una ojeada a un orificio que había cerca del suelo, en el muro junto a ella, pero la insignificante gruta no le causó la menor impresión.

Mucho más impresionante era la manada de uros que pastaba pacíficamente la jugosa hierba nueva que crecía entre el farallón y el río. En su ciega precipitación por perseguir un espejismo, la pequeña no se había fijado en los enormes animales salvajes, de un castaño rojizo y casi dos metros de altura en la cruz, con inmensos cuernos curvos. Cuando se dio cuenta, un temor repentino barrió las últimas telarañas de su cerebro. Retrocedió pegándose a la muralla rocosa, sin apartar la vista de un corpulento toro que había dejado de pacer para observarla; entonces se dio media vuelta y echó a correr. Miró hacia atrás por encima del hombro y contuvo la respiración al vislumbrar una súbita mancha en movimiento y se paró en seco. Una enorme leona, dos veces mayor que cualquier felino de los que poblarían las sabanas mucho más al sur en una era muy ulterior, había estado rondando la manada. La niña ahogó un grito al ver que la monstruosa gata se arrojaba sobre una vaca salvaje. En un remolino de colmillos descubiertos y zarpas salvajes, la gigantesca leona derribó al enorme uro. En medio de un crujido de potentes quijadas, el mugido aterrado del bovino dejó súbitamente de oírse cuando el imponente carnívoro le abrió la garganta. Un surtidor de sangre mojó el hocico de la cazadora cuadrúpeda y manchó de carmesí su piel castaña oscura. Las patas del uro se agitaban espasmódicamente todavía cuando la leona le abrió el estómago y le arrancaba un bocado de carne roja y caliente. Un terror absoluto se adueñó de la niña: echó a correr dominada por el pánico mientras otro de los grandes gatos la observaba atentamente. La niña había penetrado sin saberlo en el territorio de los leones cavernarios. Normalmente, los grandes felinos habrían desdeñado a una criatura tan pequeña como un humano de cinco años, pues escogían sus presas entre los robustos uros, los descomunales bisontes o los gigantes ciervos para satisfacer las necesidades de la flor y nata de los hambrientos leones cavernarios. Pero la niña que huía se estaba acercando demasiado a la cueva que alojaba a un par de maullantes cachorros recién nacidos.

El león de melena desgredada, que había quedado al cuidado de las crías mientras la leona cazaba, lanzó un rugido de advertencia. La niña levantó la cabeza y se quedó sin resuello al avistar al gigantesco gato agazapado sobre un saliente, preparándose para saltar. Gritó, se detuvo, resbaló, se cayó, se arañó la pierna con la grava suelta que había junto a la pared y gateó para darse la vuelta. Agujoneada por un temor todavía mayor, volvió corriendo por donde había venido. El felino cavernario brincó con una gracia lánguida, confiando en su habilidad para atrapar a la pequeña intrusa que se atrevía a profanar la santidad de la cueva-guardería. No tenía prisa –ella se movía despacio en relación con su fluida velocidad – y se sentía de humor para jugar al ratón y al gato. En su pánico, sólo su instinto guió a la niña hacia un pequeño orificio junto al suelo en la fachada del farallón. Le dolía el costado y apenas podía respirar, pero se escurrió por un agujero justo lo suficientemente capaz para ella. Era una cueva minúscula, poco profunda, apenas una hendidura. Se revolvió en el reducido espacio hasta encontrarse de rodillas con la espalda pegada a la pared, tratando de fundirse con la roca sólida que tenía detrás. El león cavernario rugió su frustración al llegar al agujero y ver que su presa se le escapaba. La niña tembló al oír el rugido y se quedó mirando con horror hipnótico cómo la fiera tendía la pata estirando sus garras curvas dentro del orificio. Incapaz de alejarse, vio cómo se le acercaba la garra y gritó de dolor al sentir que se le hundía en el muslo izquierdo rayándolo con cuatro profundos

arañazos paralelos. La niña se revolvió para ponerse fuera de su alcance y encontró una ligera depresión en la oscura muralla a su izquierda. Recogió sus piernas, se aplastó como pudo y contuvo la respiración. La garra volvió a meterse lentamente en el pequeño orificio tapando casi por completo la escasa luz que penetraba en el nicho, pero esta vez no encontró nada. El león cavernario rugió y siguió rugiendo mientras iba y venía frente al orificio.

La niña pasó el día entero en su estrecha cueva, también la noche y la mayor parte del día siguiente. La pierna se le hinchó y la herida infectada le producía un dolor constante, además de que el reducido espacio de la cueva de paredes ásperas no le permitía volverse ni estirarse. Estuvo delirando de hambre y dolor la mayor parte del tiempo, tuvo espantosas pesadillas de terremotos, garras agudas y un temor angustioso y solitario. Pero no fue ni su herida ni el hambre, ni siquiera su dolorosa insolación, lo que la sacó finalmente de su refugio: fue la sed. La pequeña miró temerosamente por el pequeño orificio. Dispersos bosquecillos de sauces y pinos castigados por el viento proyectaban largas sombras al principio de la tarde. La niña estuvo mirando un buen rato el trozo de tierra cubierto de hierba y el agua chispeante más allá, antes de hacer suficiente acopio de valor para salir; se lamió los agrietados labios con su lengua seca mientras examinaba el terreno. Sólo se movía la hierba agitada por el viento. La manada de leones se había esfumado; la leona, preocupada por sus pequeños y molesta por el olor extraño de la criatura desconocida que tan cerca estaba de su cueva, decidió buscar otra guarida para sus hijos. La chiquilla salió del agujero y se puso en pie. La cabeza le golpeaba por dentro y veía manchas bailando vertiginosamente frente a sus ojos. Oleadas de dolor la envolvían a cada paso y sus heridas comenzaron a supurar un líquido verde-amarillo que chorreaba a lo largo de su pierna hinchada. No estaba segura de poder llegar hasta el agua, pero su sed era insoportable. Cayó de rodillas y se arrastró los últimos pasos, gateando; después se tendió boca abajo y bebió vorazmente grandes tragos de agua fría. Cuando calmó finalmente su sed, intentó incorporarse de nuevo, pero había llegado al límite de su resistencia. Por delante de sus ojos seguían pasando manchas, la cabeza le daba vueltas y todo se oscureció mientras se desplomaba sobre el suelo. Un ave de rapiña, que hacía círculos perezosos allá arriba, localizó la forma inmóvil y fue descendiendo para verla más de cerca.